

BAKHIT

La mañana era fresca. Sin duda, los efectos de la gota fría se advertían en el ambiente. El páramo, siempre hostil, sucumbía a esta humedad e impulsaba la brizna a crecer. En la aldea, la ventisca arreciaba las copas de los algarrobos más próximos, produciendo un evocador sonido que invitaba a la melancolía. El sol, que a duras penas comenzaba a cobrar protagonismo, empezaba a intuirse en el horizonte nigeriano y el canto de las estrildas más tempraneras invadía el pequeño poblado de Akure. Los rayos más tenues, infiltrados, atravesaban las aberturas de las techumbres más desfavorecidas y, poco a poco, los aldeanos resurgían de las impasibles noches de aquel clima tropical.

La barraca del alfarero fue la primera en ponerse en pie. Susurros, murmullos, risas..., un tumulto inundaba la propiedad del matrimonio tan querido por sus convecinos. El causante de semejante algarabía era Bakhit, un joven de catorce años que no había podido conciliar el sueño; su expresión facial resultaba muy sugerente, y no era para menos. La idea de su padre en forma de cuento fue tan insinuante... Todas las noches, antes de acostarse, su padre relataba un cuento referido al “nuevo mundo”. En aquel lugar, decía, las personas eran libres y vivían en el lujo y la abundancia. En ciudades mil veces más grandes que su poblado. La comida era copiosa y variada y los niños eran instruidos en la escuela... Si no me equivoco, el relato de esa noche tuvo que tratar acerca de objetos que podían volar, y seguramente fuera así, pues el joven se afanó en construir un artilugio con esas características: unas ramas de madera ligera unidas a unas hojas de secuoyas, con las que correteó mirando ávidamente al cielo e imaginando el vuelo de una mariposa.

Al atardecer, toda la felicidad del momento parecía condensarse sobre aquellas barracas desordenadas, entre las cuales la chiquillería corría ajena y los mayores

ansiaban un futuro prometedor para ellos. No había terminado de rayar la noche. Las primeras hogueras empezaron a dar luz a aquel minúsculo lugar, cuando sus ciudadanos, que inmersos en una actitud gris y oscura, se apilaron alrededor de la choza de la sacerdotisa de la tribu. Había fallecido. Bakhit trató de fisgonear y entrar aprovechando su fina y espigada figura, pero le fue imposible. Se decía que el perro la había poseído, pues emanaba un calor sobrecogedor que ni la noche que había pasado, rodeada de cebollas, había conseguido sofocarla.

Pasaban los días y Bakhit disfrutaba de todo lo que aquella tierra podía ofrecerle. Su sonrisa era constante y no entendía bien lo que su padre le decía, pues ni conocía ni quería conocer aquellas veleidades que su padre aseguraba que existían. Además, ¿qué libertad era aquella que pudiera sustituir la suya? Era feliz mientras paseaba su cabra por el monte y siempre sonreía a sus vecinos y amigos. En aquella primavera, Bakhit había entrado en la adolescencia, pero su cuerpo no lo aparentaba. Era de perfil escuálido, delgado, enteco, de talla media. Sus ojos negros, su pelo rizado y su expresión facial componían, junto a sus vestiduras, un conjunto propio de la pobreza de aquellas gentes; pero su boca, bien dentada y siempre entreabierta, transmitía felicidad y compensaba lo anterior con creces. En definitiva, Bakhit se sentía afortunado y crecía ajeno a cualquier preocupación protegido por el cariño de los suyos.

Un mediodía, y de vuelta de las labores propias del pastoreo, avistó desde la lejanía un grupo de personas rodeando su hogar. Resultaba bastante insólito pues estas personas portaban largas túnicas de ricos colores estampados y, aparentemente, mostraban turbación y desasosiego en sus expresiones faciales. Identificó entre la algarabía a la costurera del poblado. Trató de preguntarle, pero lloraba copiosamente, y

aunque se esforzaba por pronunciar los enrevesados fonemas del lenguaje yoruba, fue imposible descifrar ninguna palabra. Su madre, postrada, tosía secamente intentando arrancar su mal y deliraba al ardor de una fiebre espesa que la convulsionaba.

Fueron días complicados en la aldea. El terror se apoderó de los mayores y los pequeños lo notaban. La falta de su madre provocó en Bakhit un rechazo que se traducía en un juego donde esta se escondía y él la buscaba cantando las canciones que ambos entonaban cuando recogían bayas y frutas silvestres.

Bakhit se despertó temprano. Una blusa andrajosa, que le llegaba por debajo de las rodillas, y unos zapatos que no invitaban a portarse, le dieron los buenos días. Su padre aún dormía. Se levantó con un hambre atroz y buscó en el puchero las pocas gotas de leche y alguna que otra miga de pan de centeno que flotaban de la noche anterior. Prefirió dejar algo de desayuno para su padre, recordando todas y cada una de las palabras que este le había hecho memorizar. Un mundo imaginario le esperaba detrás de las últimas montañas que aparecían en el horizonte. - Siempre hacia el norte, le espetaba. No dejes de andar hasta que encuentres el nuevo mundo - le recordaba. Sé humilde, no olvides de dónde vienes y nunca olvides tus orígenes - le hacía prometer. Desconfía de tus semejantes hasta que te encuentres a salvo, - balbuceaba sin que Bakhit entendiera la dimensión de estas palabras.

El frío de la mañana comenzaba a abandonar el cobijo de la noche y el sol comenzaba a tapizar el entorno con su infinita rueda policromática. El joven africano volvió a casa. Su padre ya se había levantado. Estaba sentado en el suelo, bebiendo un cuenco de leche. Su cara estaba demacrada y sus pómulos en carne viva como consecuencia de las ácidas lágrimas por la muerte de su esposa. Bakhit trató de consolarlo y lo abrazó. Durante la tarde, mientras Bakhit marchó a conseguir alguna

hogaza de pan, su padre, desfallecía por momentos. Postrado en la cama tosía y esputaba intentado que el aire fresco llenara sus pulmones, pero alguna terrible enfermedad impedía su ventilación. Backit se acercó para cambiarle el paño de la frente por otro empapado de agua fresca y, cuando lo consiguió, pensó que su mano se derretiría.

La noche fue espantosa. El padre de Backit deliraba y se despertaba sin parar. ¿Se trataría de alguna maldición impuesta a su aldea? - se preguntaba. El padre, entre sollozos y gimoteos, llamaba a su hijo delirando y entrelazando frases inconexas. Ya ni el agua de los paños ni los ungüentos de sus vecinos, ni tan siquiera los caldos de ciertas hierbas aliviaban al moribundo. Desesperado, salió de la choza y observó cómo sus vecinos cantaban y bailaban en torno a una hoguera chisporroteante invocando a todo lo que se puede invocar: cielo, tierra, fuego... intentando a la desesperada que su dios o dioses (que ya no recuerdo), consiguiera extraer aquel mal maldito que assolaba al poblado. Finalmente, a pesar de todos los esfuerzos, y por mucho que se afanaron los allí presentes, el padre del joven falleció al alba; provocando en Bakhit una mirada profunda, perdida, y una sonrisa que desapareció bajo la losa de una tez impregnada de dolor y amargura.

Al cabo de unos días y con la mísera compañía de la desgracia, Bakhit se levantó y sin un rumbo fijo abandonó su hogar. Comenzó a caminar buscando un aliento de consuelo y algún signo que le volviera a dar sentido a su vida. La incertidumbre que sentía era demoledora, pues no sabía qué le esperaba allá donde llegara. Al menos tenía claro que debía mirar a la estrella de la diosa Oshun y seguir en esa dirección, pues como le dijo su padre, su camino siempre se debía dirigir al norte.

Únicamente viajó con un roído hato que contenía algunos pedazos de pan y algunos jirones de carne desecada de algún ave atrapada con un lazo, y aunque la travesía duró algunos días, para el pequeño Bakhit, eterno. Fueron muchas las adversidades con las que se topó en el camino: hambre, sed, inclemencias climáticas... pero, sin duda, lo que más le dolió fue la intolerancia y el desdén de todo aquel al que le preguntaba.

Por fin, la meta estaba delante de sus ojos; la capital despertaba bulliciosa y Bakhit paseaba desorientado por las calles de la populosa Lagos. Miraba a un lado y a otro. Pensaba que había llegado a su destino y que todo tipo de parabienes le esperaban. No imaginaba el tropel de emociones que le aguardaban: coches a motor, edificios altos amarrados con una tela de araña anticipando fenómenos cotidianos como la corriente eléctrica, o las redes de telecomunicaciones. No obstante, el suelo le seguía recordando al de su aldea natal, aunque bastante más sucio y con montones de basura y escombros por todos lados.

La ilusión inicial se torció cuando, llegado el ocaso, se vio solo e indefenso ante la magnitud de una ciudad desordenada y carente de normas donde prevalecía la ley del más fuerte. Pudo ver un arma de fuego que, empuñada por un joven, atemorizaba a otro ciudadano por un asunto que Bakhit desconocía. Empezó a pensar que su destino sin duda tendría que estar más al norte. Pasó la noche junto a unos grandes contenedores de basura donde se peleaba, exasperadamente, con algunos gatos por las últimas raspas de pescado provenientes de un comercio adyacente. Al despertar, entendió que debía salir de aquella ciudad que asfixiaba sus movimientos y coartaba su libertad.

A la mañana siguiente, Bakhit amaneció exhausto. Vagaba sin rumbo por las calles de la urbe y sin querer, o por querencia del diseño urbanístico de sus calles,

terminó en el puerto, frente a una imagen dantesca de embarcaciones que flotaban al ritmo del pequeño oleaje. Había chalupas grandes, medianas, pequeñas y el hedor a combustible derramado junto con los restos de la pesca tildaban el gusto.

Vagó a lo largo de la escollera del puerto y encontró grandes fortalezas flotantes que, herrumbrosas y descomunales, dominaban todo el paisaje. Bakhit no entendía cómo semejantes moles de acero podían flotar en la inmensidad de esa bahía. Los colores se fueron apagando fruto de un sol cansado de ofrecer emociones a un adolescente curioso y sorprendido por todo lo que le rodeaba. Mal pertrechado y sobre todo mal alimentado, Bakhit cayó agotado. El sopor, la angustia y el desfallecimiento provocaron en Bakhit una fiebre que lo mantuvo delirante durante toda la noche. En uno de estos episodios, oyó cómo dos igbos conversaban sobre la manera de abordar una de estas embarcaciones con el objetivo de viajar al ansiado mundo.

Al alba consiguió dormir y un bocinazo estruendoso lo puso en pie. Uno de los descomunales barcos intentaba posicionarse para salir del angosto puerto y nuestro protagonista vio la posibilidad de enrolarse como polizón, pero... ¿cómo lo haría? - se preguntaba - . ¿Cómo subiría a través de esa vertical acerada y desmaquillada figura fruto de la corrosión marina? Al pronto, vio a los dos individuos que habían atormentado su vigilia. Observó cómo forzaban a un pequeño pescador de la zona intentando que con su canoa los acercara al vientre del colosal navío.

El barco atizaba con humo negro las dos chimeneas emborronado todo el paisaje. No había tiempo que perder. El agua borboteaba por la popa del buque impulsado por las hélices, generando una espuma blanca y una corriente anodina. ¿Cómo abordar a tamaña bestia? Se preguntaba Bakhit.

Así, observaron una escalera soldada al casco del buque que era la utilizada para acceder al timón. Sin pensarlo, los tres compañeros de viaje se encontraban encima de este apéndice del barco mientras valoraban su nueva situación. Sobre un ancho de poco más de un metro y dos metros de largo, los tres aventureros se esforzaban en mantener el equilibrio y no caer al mar. Este órgano de dirección pilotaba sobre un eje longitudinal, el cual albergaba un pequeño recodo donde cabía una persona tumbada en curva y que podría ser la única protección frente a los avatares del viaje.

Bakhit estaba tranquilo. Semejante embarcación le llevaría a ese mundo feliz, tantas veces referido por su padre, y pensando que la duración del viaje sería de pocas horas o, en el peor de los casos, de pocos días. Se acomodó como pudo intentando no perder el equilibrio, sobre todo cuando el navío cambiaba de rumbo, provocado por el chirrido de metal oxidado que, bajo sus pies, se desplazaba cuando el buque cambiaba de dirección. La grandeza de la tierra tapaba la inmensidad del océano pero en un momento la realidad se transformó; la tierra se veía minúscula y el océano lo llenaba todo. Hubo un primer acuerdo para compartir las pequeñas viandas que llevaban. Se turnaron para descansar dentro de las entrañas donde pivotaba el eje del timón, con el único fin de protegerse del ardiente sol y evitar caer de la escuálida superficie en la que iban encaramados.

La primera noche fue tranquila. El recuerdo de su pequeña aldea se le dibujaba en una secuencia continua de imágenes donde su padre le asía de la mano y su madre le transmitía ternura y cariño a través de la mirada. Correteaba feliz por el páramo con la lanza molestando a las vacas de sus vecinos y creía sentirse parte de su entorno, sin ansiar más bienes que los que sus tiernos ojos veían.

Alguna gota de agua despistada consiguió despertarle y descubrió su precaria situación. Ansiaba estar en los brazos de su madre, mientras le cantaba esa canción que intentaba sin fuerza entonar. Sus ojos se tornaron en dos fuentes inagotables de lágrimas y anhelos buscando respuestas a las llamadas que oía en la lejanía, como si fuera llamado por los suyos. Callaba intentando escucharlas. La soledad se volvía poderosa, envolviendo todo su entorno, lo que provocaba un nuevo quejido que encogía de dolor a la estupenda fortaleza metálica que servía de puente entre el inmenso océano y el grandioso cielo estrellado. Los estridentes rayos de sol terminaron de secar sus pómulos cocidos por el llanto, cuando el muchacho más recio se levantó mareado y encorvado. Tenía la espalda agarrotada. Bakhit, que había pasado la noche postrado sobre el apéndice del barco, se zarandó y, desorientado, buscaba el hueco que este había dejado en las entrañas del buque, pero el otro muchacho, mucho más canijo que él, se lo impidió y se echó a dormir.

Desanimado, y muerto de cansancio, empezó a sentir una turbación propia de la deshidratación. Los pensamientos se le agolpaban en su cabeza y las náuseas le violentaban su frágil estómago. Todo daba vueltas y tuvo que ponerse de rodillas apoyando la cabeza contra el frío acero para evitar su caída. Hacía varios días que no había ingerido alimento alguno y trató de combatir su situación conversando con el muchacho más robusto, pero este último, se mantuvo apático y despistado. Lanzó una mirada desdeñosa y hostil al joven Bakhit y, al pronto, comprendió que sus compañeros de viajes se alinearían contra él empujándole al angosto mar. Su presencia nada les aportaba en aquella situación de pura supervivencia.

Cuando el sol se desvaneció en el horizonte y la luna iluminaba el profundo mar, Bakhit pudo al fin tenderse completamente aunque algo encorvado. Las partes de su cuerpo que no podían cubrir sus raídas ropas estaban calcinadas. Su brazo derecho

estaba abrasado por un insolente sol y el ambiente marino no ayudaba a mitigar su dolor. El bamboleo del barco y la debilidad que sentía hicieron que cayera rendido a los pocos segundos de tumbarse. Fue levantado violentamente por uno de los muchachos cuando los rayos del sol empezaron a azotar. Sentía un hambre feroz y miraba con ojos golosos a los bancos de peces que nadaban libremente por el agua. Sentía envidia por ellos; ¡qué libres parecían esquivando las olas! - pensaba Bakhit.

Se quedó adormilado durante un espacio de tiempo indeterminado de horas o días, en un entorno total de desolación. Creyó que ya nada importaba. Lo más rápido sería dejarse engullir por aquel mar embravecido deseoso de cobrarse otra vida, pero la voluntad de vivir le sujetaba impertérrito al brazo del colosal navío. Abrió tímidamente un ojo. Observó cómo uno de los compañeros de travesía precipitaba al agua un pequeño envase que había sujeto a un cordel. Suplicando unas gotas de agua de mar. Le ayudó tirando de la cuerda y al fin pudo mojarse la agrietada garganta, lo que le dio inicialmente un halo de vida y un motivo para seguir resistiendo.

Los sucesivos días, pasaron sin saber si era de día o de noche. Sin saber si estaba solo o seguía acompañado. Sin saber dónde estaba o hacia dónde se dirigía. Tan solo la voz de su padre y la sonrisa de su madre le acompañaban animándole a no desfallecer. De pronto, el sonido molesto y cruel de las hélices había cambiado de intensidad y el barco aminoraba su velocidad. Ciego por el sol, tan solo veía agua a su alrededor y, en un último esfuerzo, golpeó secamente el casco del buque provocando un fuerte eco en su interior. Esta llamada y la necesidad del barco de virar para entrar a puerto, pusieron ante sus ojos la cálida imagen de la tierra firme y por fin, después de mucho tiempo, Bakhit volvió a sonreír como solo él sabía. Dicen sus rescatadores que sus dientes de

marfil fueron lo primero que vieron; otros aseguraron ver a un Rey Mago cargado de regalos e ilusiones para este nuestro nuevo mundo.



“ En honor a Bakhit y a todos a los que la vida les da una nueva oportunidad”

Autor: Alonso Godoy